

VIDA DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTOS
DE ORIENTE

SAN BARADAT Y SAN TALELEO, SOLITARIOS
DE SIRIA

San Baradat ocupaba por su eminente virtud un lugar tan distinguido entre los solitarios de Siria, que, queriendo el emperador León saber los sentimientos de la Iglesia de Oriente acerca del concilio de Calcedonia, como ya hemos visto en la vida de san Simeón Estilita, le escribió, así como á este santo y á san Jacobo el Sirio. Nada más sabemos acerca de su vida que lo consignado por Teodoreto en su Historia religiosa, pero es muy suficiente para justificar la grande estima en que se le tiene.

Después de describir este autor las diferentes prácticas de penitencia, en que con tanto fervor se ejercitaban los solitarios, habla de san Baradat después de san Simeón Estilita, llamándole admirable, y diciendo que fué muy ingenioso en inventar nuevas austeridades.

Se encerró primeramente en una cabaña, en la que permaneció mucho tiempo entregado á una contemplación casi continua. Después subió á una roca del mismo lugar,

¹ Teodoret. Vit. PP. — Los bolandistas.

en donde construyó una habitación, ó mejor dicho, una especie de caja, tan pequeña, que no podía tenerse de pié, y tenia que estar encorvado. Las tablas estaban tan mal unidas, que dejaban entrar el aire por todas partes, y por consiguiente, se hallaba expuesto al sol, al agua y á todas las inclemencias del tiempo. La única ventaja que en ella encontraba era la incomodidad que sufría, y la práctica de una grande mortificación, á que se habia condenado por amor de Dios.

Pasó largo tiempo en este molesto recinto, hasta que Teodosio, patriarca de Antioquía, muerto en 428, le aconsejó que saliese de él: pero no lo hizo para buscar una morada más cómoda, pues continuó viviendo expuesto á todas las injurias del aire. Su ejercicio casi continuo era estar de pié, con las manos elevadas al cielo, y cantando las alabanzas del Criador del universo. Su hábito era de cuero, y le cubria de pies á cabeza, no dejándole libres más que la boca y las narices para respirar. Aún cuando no era muy robusto, y se veia aquejado de diversas enfermedades, no dejaba de sobrellevar con santo gozo tan rudos trabajos, pues el fervor de que estaba animado se los hacia soportar con heroica paciencia.

Tenia un gran conocimiento de las cosas santas: respondia con suma oportunidad á todas las cuestiones que se le proponian, y razonaba mucho más sólidamente, dice Teodoreto, que los que se ejercitaban en las sutilezas de Aristóteles. Su ciencia iba acompañada de una gran humildad. Asi es que, aunque llegado á la cumbre de la virtud, no permitia que le acompañase la vanidad, pues conocia muy bién los funestísimos efectos que el orgullo produce en las almas.

» Hé aquí, añade Teodoreto, la sabiduría de este gran siervo de Dios. Deseo que vaya siempre en aumento, de tal modo, que acabe felizmente su carrera: pues la gloria de

los que triunfan en estos combates es un motivo de gozo y de consuelo para todas las personas que gustan y practican la piedad.

San Efrén propone á san Baradat, así como á san Simeón y á san Jacobo el Sirio, como modelos de defensores de la fé católica, y dice que fueron célebres en toda la tierra, y que se conservaron con la más entera fidelidad en la comunión de la Iglesia. Bién lo demostró san Baradat en la respuesta que dió al emperador León, que, como ya hemos visto, le escribió, pidiéndole su parecer acerca del concilio de Calcedonia y acerca de Timoteo Eluro, usurpador de la silla de Alejandría. Esta respuesta se halla al fin de las actas del concilio, y está fechada en 27 de agosto del año segundo de este príncipe, indicción 20, que corresponde al año 458, como puede verse en Tillemont. El Santo, dice Fleuri, trata en ella muy doctamente el misterio de la Encarnación, y expone con suma claridad todo lo relativo á la Eucaristía; pero como hace notar el mismo Tillemont, está escrita en un estilo parabólico, lleno de citas de la sagrada Escritura, y en un sentido muy oscuro.

Después de manifestar al emperador el gozo con que ve su celo por la paz de la iglesia y por la conservación del precioso depósito de la fé, le dice que Dios le ha escogido para quebrantar la impiedad de los malvados, y para librar á los buenos de los lazos que les tiende la malicia, para lo cual le habia dotado de una sabiduría superior. » No ignoramos, añade, que los lobos se han reunido para sacar los rebaños de sus apriscos y degollarlos, sin temer ni aún á los pastores; pero Vos, cuyo celo corresponde al nombre que llevais, rugireis cual león y los espantareis con vuestra imponente magestad, arrancándoles las ovejas que han arrebatado. Así conviene á vuestra piedad, y se reconocerá en todas partes que vuestras órdenes corresponden á vuestro nombre y á la dignidad de vuestro imperio, y se os apli-

cará lo que dice la sagrada Escritura, á saber : *Que la cólera del príncipe es igual al furor del León* ¹. El Todopoderoso exaltará el nombre de León que ha domado á los impíos, que han osado levantarse contra él, y sacudir el yugo de su obediencia y el temor de su justicia. Se dice en los Libros santos que Dios envió al profeta Semei á Jero-boam para reprenderle su impiedad, ordenándole al mismo tiempo que nada comiese ni bebiese en aquel lugar ; pero habiendo faltado el profeta á esta segunda orden despues de haber reprendido al príncipe, Dios le envió un león que le arrojó de su montura, y le destrozó. De esta manera es cómo conviene á vuestro celo religioso dar órdenes contra los que se atreven á quebrantar las de Dios, corrompiendo la fé, como hacen los partidarios de Timoteo Eluro, cuya bellaquería y malicia son tan negras, que ha hecho morir al esposo y arrebatado á la esposa. » Alude el Santo en estas palabras al asesinato del patriarca Protero realizado en Alejandria por los partidarios de Timoteo, como puede verse en la historia eclesiástica.

« Claro es, prosigue, que esta acción no procede de Dios, ni de vuestras órdenes. Miétras que debieran implorar la misericordia divina, haciendo penitencia, y grangearse vuestra piedad, para que no se les pida cuenta de la sangre con que han manchado sus manos, se atreven á sembrar por todas partes sus impías doctrinas, y emplean toda clase de artificios para seducir, si posible fuese, á los mismos elegidos, como dice el Evangelio. »

« Despues de esto, habla muy extensamente san Baradat del misterio de la Encarnación, contra la impiedad de Entiques, de que Timoteo Eluro era uno de los principales fautores. Más como estos intrusos habian enviado diputados de su partido al emperador para sorprender su reli-

¹ Prov. xix, 12.

gión, y como protestaban seguir la fé de los concilios de Nicea y de Efeso, dice san Baradat, que no basta esto, sino que es preciso admitir también el concilio de Calcedonia. Pues, dice, aunque san Pablo fué llamado al apostolado despues de los demás discípulos, estos no dejaron de admitir la doctrina que se le habia revelado, y de reconocerla como conforme á la verdadera fé. Luego con mucha más razón los diputados enviados por Timoteo á vuestra Majestad imperial deben respetar la memoria de vuestro predecesor Marciano, y admitir todo lo que en el tiempo de su reinado se ha hecho en el concilio de Calcedonia... Os escribimos esto en conformidad con el precioso tesoro de la fé que hemos recibido de los Profetas y de los Apóstoles, y que siguieron constantemente los justos que habitaron en las soledades, y que tan agradables se hicieron al Señor por su santidad : os escribimos esto, repito, porque conocemos vuestra piedad, y porque no nos mueve otro fin que la gloria de Dios, de su Cristo y del Espíritu Santo. Hace mucho tiempo que los santos y venerables obispos definieron esta fé, y no otra cosa es lo que han hecho en el concilio de Calcedonia ; pues no ha habido variación en la fé. Y así como Dios no sólomente ha aceptado los sacrificios de Abraham y de Job, sino también los que despues se le han ofrecido, de la misma manera Dios ha aprobado todo lo que se ha hecho, no sólomente en los otros concilios, sino en el último de Calcedonia... Me he permitido haceros estas observaciones, penetrado del más profundo respeto á vuestra piedad, á 27 de agosto, en el segundo año de vuestro imperio, indicción décima. Saludo profundamente á vuestra Majestad imperial, y ruego al Todopoderoso, que prolongue vuestra vida en este mundo, y os conceda la gloria en el otro. »

Despues de hacer Teodoreto el elogio de san Baradat, pasa al de san Taleleo que puede considerarse como un

prodigio de penitencia, y que por lo mismo se llamó maravilla de su tiempo. Taleleo era natural de Cilicia. Renunció al siglo, y se estableció en una montaña, á una legua de Gabala, pequeña, pero hermosa ciudad de la Siria. Había en aquel lugar un templo que los idólatras del país habían consagrado á los demonios, á quienes adoraban con ceremonias sacrílegas : lo cual hacían más por temor que por reverencia. Pues decían que eran tan malvados, que causaban toda clase de males, no sólomente á los hombres de las cercanías y á los transeuntes, sino á las bestias y á todos sus bienes.

Tal era la obcecación de los habitantes de esta montaña. San Taleleo vino á establecerse en una cabaña que construyó. Los espíritus malignos le miraban como á un enemigo que venía á arrojarles de allí, y le declararon la guerra ; pero el Santo, á quién hacían intrépido una fé viva y una firmísima confianza en Dios, rechazó sus asaltos con el signo de la cruz y con la oración, y les obligó á cederle el lugar. Entónces descargaron su furor sobre los árboles de la montaña, entre los cuales había una gran cantidad de higueras y olivos, y de los cuales arrancaron más de quinientos.

Volvieron á la carga algún tiempo despues, y una noche se congregaron en gran número, llevando antorchas encendidas y lanzando espantosos gritos, con objeto de asustarle y obligarle á dejar aquel sitio. Pero hizo tan poco aprecio de estos ardidés, que llenos de confusión, huyeron, y lo dejaron dueño del lugar.

No tardó en consagrarlo al servicio del Señor, pues los idólatras se fueron convirtiendo, y pasado algún tiempo se encontró renovada toda la comarca merced á sus cuidados, virtudes y prodigios. Hizo destruir el antiguo templo, y en su lugar se levantó otro, grandioso y sólido, en honor de los santos mártires. « De esta manera, dice Teodoreto, este

país, sumido ántes en la idolatría, renunció al error en que había sido amamantado, y fué ilustrado con los rayos de la luz divina, y Thaleleo, dedicando una iglesia en honor de los mártires, opuso á los falsos dioses hombres enteramente divinos, por cuya intercesión pudo llegar victorioso al fin de su carrera. »

Aseguraban los habitantes del país que hacía muchos milagros, tanto en favor de sus personas como de sus bienes, y que era su consuelo en todas sus necesidades, como lo prueba su conversión á la fé de Jesucristo. Pero no se necesita otro milagro que su penitencia : pues el deseo de inmolarse á Dios como una víctima de su amor, le hizo imaginar un nuevo género de penitencia, de que hasta entónces no se había dado ejemplo, y que tenía su cuerpo en una constante tortura. Habíase formado una especie de jaula compuesta de dos ruedas, fija la una sobre la otra por medio de clavijas, clavos y tablas, y suspendió esta máquina entre dos estacas clavadas en tierra y unidas por su parte superior. Se colocó en el espacio que mediaba entre estas dos ruedas, que era de dos codos de alto y uno de ancho : de modo que no podía levantar la cabeza, sino que tenía que tenerla constantemente junto á las rodillas : situación en extremo trabajosa, pues era de elevada talla.

Diez años hacía que se había condenado á ésta rigurosa penitencia, cuando Teodoreto escribía esto. Fué á visitarle, como hacía con otros solitarios, con cuyas virtudes procuraba edificarse, y le encontró ocupado en leer las sagradas Escrituras, de las cuales sacaba los frutos que producía en las almas dispuestas á recibir piadosamente esta celestial semilla. Le preguntó porque se había condenado á un género de penitencia tan nuevo y extraordinario, y le dió esta admirable respuesta que demuestra cuán penetrado estaba su corazón del temor de los juicios de Dios, de las penas eternas y de una santa compunción.

« Como me siento culpable, dijo, de muchos pecados, y no puedo dudar de los castigos de la otra vida, si no los expio en esta, he escogido el medio que considero más á propósito, y castigo mi cuerpo, como veis con menores y voluntarias penas, para evitar los suplicios que he merecido, y que son no sólo en gran número, sino incomparablemente más duros, á medida que sean más involuntarios. Porque lo que sufrimos voluntariamente, por trabajoso que sea, lo es mucho ménos que lo que tenemos que sufrir forzosamente, por lo mismo que nos lo imponemos voluntariamente y sin violencia. Espero, pues, ganar mucho, evitando con estos pequeños trabajos los horribles tormentos de la otra vida, que nunca tendrán fin. »

Teodoreto admira la sabiduría de esta respuesta, que daba á conocer en este bienaventurado penitente sentimientos tan generosos y dignos de atraer la misericordia del Señor, y concluye su elogio deseándole una feliz perseverancia y pidiendo para sí un ardiente deseo de amor á la penitencia. Como este obispo escribía su historia en el año 440, según hemos notado en otro lugar, y como el Santo practicaba esta austeridad hacía diez años, no puede asignarse su muerte ántes de esta época. Todo esto nos inclina á creer que es el mismo de que habla san Juan Moseh en su *Prádo espiritual*, en donde dice, que el abad Pedro, sacerdote del monasterio de san Sabas, le refirió que el abad Taleleo de Cilicia, había pasado sesenta años en la vida religiosa, y que había adquirido un gran espíritu de contrición, que le hacía derramar constantemente lágrimas, y decir á toda hora : » El tiempo de esta vida se nos ha dado para hacer penitencia ; si no lo aprovechamos, se nos pedirá estrecha cuenta ». Los griegos celebran la fiesta de san Thaleleo el 27 de febrero.

Juán Mosch habla de otro Thaleleo, diferente de éste, y del cual nos ocupamos aquí por llevar el mismo nombre.

« El abad Gregorio, anacoreta, dice, moraba en una montaña del monasterio del abad Teodosio de la Roca. Perdió á su discípulo, y no teniendo ningún instrumento adecuado para cavar la sepultura, bajó desde la montaña á la orilla del mar, en donde encontró una embarcación. Pidió á los marineros que le ayudasen á enterrar á su discípulo, y estos se prestaron de muy voluntad. Uno de los marineros, llamado Thaleleo, admirado de la virtud de este anciano, rogó que le admitiese en lugar del discípulo que acababa de perder. Pero Gregorio le respondió : ¿ Podrás soportar la penitencia que yo practico ? Perdonadme, Padre mio, le dijo el marinero : espero hacerlo ayudado con la gracia del Señor... Permaneció, pues, con él durante un año, ejercitándose fielmente en los trabajos de la vida espiritual. Al cabo de este tiempo se postró á los pies del anciano, y le dijo : Seguid, Padre mio, rogando por mí, pues conozco que por la virtud de vuestras oraciones me ha concedido Dios la gracia de soportar sin trabajo las austeridades que practico. No me impresionan ni el frio, ni el calor, ni la inclemencia del tiempo, y mi alma goza de la más dulce tranquilidad.

El anciano le dió su bendición, y permanecieron reunidos durante dos años. Entónces fué revelado á Thaleleo que le quedaba poco tiempo de vida, y rogó á su padre espiritual que le llevase á Jerusalem para adorar la Santa cruz, y orar en la iglesia de la santa Resurrección. Accedió el anciano á sus deseos, y despues de hacer las estaciones en los santos Lugares, y de lavarse en el agua del Jordán en memoria del bautismo de nuestro Señor, no vivió Thaleleo más que tres dias, no tardando en seguirle el anciano Gregorio. Ambos fueron sepultados en el monasterio de Coprata.